



Núm. 18.

30 de Abril de 1861.

Año I.

DEL PERDON DE LAS INJURIAS.

LA noble, la verdadera grandeza de alma no consiste en vengarse, sino en perdonar las injurias. Las almas generosas no se vengan. Vencerse á sí mismo, sofocar el deseo de venganza, ese deseo vehementemente é irresistible, es la victoria mas bella que puede obtener el hombre.

Aquel que tiene un alma verdaderamente elevada, se sobrepone á las injurias y las perdona.

«Cuando me injurian, decia el célebre Descartes, elevo tanto mi alma, que la injuria no puede llegar hasta mí.»

Si hemos dado motivo para que nos ódien, perdonémos para reparar nuestra falta, si no le hemos dado, perdonémos mejor aun, porque es mucho mas dulce perdonar que tener necesidad de perdon.

Ofendemos á Dios sin cesar y nos perdona. Le suplicamos que olvide nuestras ofensas, y no queremos olvidar las que nos hacen.

Decis que es imposible perdonar una injuria y reconciliarnos con un enemigo que os ha ofendido cruelmente; y sin embargo, cuando esa reconciliacion os reporta el menor interés, os reconciliais; ¡y no quereis hacer por Dios, lo que haceis por un interés mezquino!

Creis que vuestro honor reclama siempre la venganza, y Dios, que es tan celoso de su gloria, hace lucir el sol para los buenos como para los malos y vierte lluvias fecundas sobre las tierras de los impios como sobre las de los justos. Puede reducir á polvo á sus enemigos, y sin embargo sufre y tolera, y así hace brillar mas su grandeza.

Solo á Dios pertenece la venganza, á Dios que se ha reservado el derecho de castigar á los que nos han hecho daño; de indemnizarnos de los males que nos hayan causado; de vengarnos de los ultrajes de nuestros enemigos, y

que tarde ó temprano juzgará al inocente y al culpable en el tribunal de su inmarcesible justicia.

Robustiana Armiño de CUESTA.

EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA.

(CONCLUSION.)

IV.

Era la aurora de un día hermoso; los dorados rayos del sol teñían de un bello sonrosado la alta cumbre de Sierra-Nevada: cuando un moro cubierto de brillantes armas acercóse pausadamente al campamento cristiano, ó mas bien á la noble ciudad de Santa Fé, y arrojó con arrogancia su férrea manopla en señal de reto. La cola de su fiero caballo arrastraba el pergamino escrito que Pulgar el valiente dejara enclavado en la mezquita grande dos días antes. Mil nobles impulsados por un mismo pensamiento, y cual si todos no formasen mas que un hombre, quieren partir al punto á alzar el guante, mas el prudente rey se lo estorba y les dice: «No, mis amados infanzones, mis nobles vasallos, hartas pruebas disteis ya de vuestro temerario arrojo; despreciad las palabras y amenazas de ese perro infiel; guardad vuestros bríos para el día del asalto.» En aquel instante el valeroso Pulgar estaba ausente, pues á la cabeza de un escogido tercio marchara á una expedición secreta; mas sus compañeros de aventura murmuraban por la prohibición de Fernando, que les estorbaba castigar al insolente Tarfe, pues él era y no otro el que denostaba con groseros insultos á todo el valiente ejército cristiano. En este instante penetró por entre la turba de caballeros que en torno del rey estaban, un bello mancebo, aun no bien entrado en la adolescencia; el bozo comenzaba apenas á cubrir su lábio, y sus cabellos dorados caían graciosamente en naturales rizos sobre su blanco cuello, que rodeaba una finísima gorguera de encaje; era uno de los pajes mas queridos del monarca; y do-

blando ante este la rodilla, «Señor, le dice, concédame V. A. la merced de ganar hoy mis espuelas de caballero, castigando la osadía de ese insolente moro: Desde la gran batalla del Salado ostentaron mis nobles abuelos por divisa las gloriosas letras del *Ave-María*; soy el último y único vástago de mi familia; á mí y no á otro corresponde el alto honor de rescatar el Dulce Nombre de María de las manos de aquel can.» Pasmáronse los circunstantes de tanto valor en edad tan tierna, mas el rey no quiso acceder á tan honrosa demanda. «Querido Garci Laso, le dijo, vuestro padre os dejó al morir encomendado á mí, y no he de dejaros correr á una muerte cierta; vuestro brazo es harto débil para sustentar la lanza; contened vuestra impaciencia, que Dios proveerá ocasiones donde lucir vuestro esfuerzo y ganar lo que tanto deseais.» Alzóse cabizbajo el joven paje, fuese silencioso al aposento del rey, y con inaudito atrevimiento se apoderó de una de las régias armaduras que en vez de inútiles adornos decoraban la marcial cámara del rey de Castilla; acomodóse á su esbelto talle, y cabalgando en su propio corcel, con visera calada y lanza en mano, fué en busca de Tarfe, que permanecía inmóvil esperando algun contrario con quien combatir. Al ver un caballero que salía del real á todo escape, maravillóse Fernando hubiese quien desobedeciera sus mandatos con tanta osadía. Tal vez iba ya á dictar órdenes severas para castigar al inobediente paladin, cuando el interés del éxito del combate que ya trabara con el moro, robóle su atención y la de los demás guerreros que le acompañaban. Un religioso silencio reinaba entre los espectadores de la encarnizada batalla; las espadas descargando sobre las aceradas mallas hacían saltar manojos de estrellas. Ambos combatientes viéronse caer envueltos con sus caballos. La distancia no dejaba percibir cuál era el vencedor, cuál el vencido; de repente un grito de alegría oyóse en todo el real. Garci Laso alzabase altivo, mostrando á lo lejos la ensangrentada cabeza de Tarfe. Las mas estrepitosas exclamaciones, los clarines y los timbales rompieron á la vez para celebrar tan

grande triunfo. El afortunado vencedor estaba ya de hinojos ante el rey, manchado con la sangre de su enemigo, y ostentando atado á su lanza el pergamino del *Ave-María*, glorioso trofeo de su victoria, y en la siniestra mano la lívida cabeza del vencido moro. « Per on, Señor, murmuró una voz aun no bien formada, y que revelaba la juvenil edad del que la hacia sentir; venid á mis brazos, el mas animoso de mis caballeros, contestóle el buen rey; mas cuál fué su sorpresa y emocion al ver era el jóven Garci Laso quien consumara tan alto hecho de armas que diera honor y prez á un guerrero encanecido..... La reina acudió presurosa á felicitar al jóven héroe, y quiso por sí misma recompensarle, ejerciendo con sus bellas manos el noble oficio de heraldo ó rey de armas, y tomando la banda verde que flotaba en la lanza que Tarfe clavara en su tienda, ató con ella sobre el liso y dorado escudo de Garci Laso, el pergamino del *Ave-María*, noble despojo de su gloriosa hazaña, para que le sirviera de divisa. El rey dióle allí mismo el espaldarazo y el ósculo; Gonzalo de Córdoba, llamado despues el Gran Capitan, calzóle las espuelas, y el valeroso Ponce de Leon le ciñó la espada. Fernando el Católico hizo donacion á Garci Laso de la rica armadura con que hiciera la batalla, y dispuso que en la nueva iglesia de Santa Fé, que á la sazón se estaba edificando, fuese colocada por peana de la cruz del remate, la cabeza de Tarfe, ejecutada en piedra, para dejar á la posteridad una memoria eterna del tan señalado triunfo del *Ave-María*.

La mayor parte de los historiadores que hacen mencion de este suceso, aseguran que desde aquella época Garci Laso llevó el apellido de la Vega, por ser la de Granada teatro de su memorable hazaña, y que usó por armas la banda verde con las letras de *Ave-María*, mas lo uno y lo otro llevaba su familia desde muy antiguo. El que esto escribe tiene el honor de contar entre sus ascendientes al valiente Garci Laso, y pudiera demostrar con pruebas respetables, que el apellido de la Vega es originario de un lugar así llamado en Asturias de Santi-

llana, donde está el antiguo solar de esta renombrada familia: muchos de sus descendientes viven aun, y uno de ellos conserva en el dia la lanza de Tarfe. Las armas del *Ave-María* las usaron los Garci Lasos desde la celebrada batalla del Salado, donde le fueron concedidas á otro Garci Laso de la Vega, muerto despues violentamente en San Francisco de Soria.

Nicolás Castor de CAUNEDO.

ENCUENTRO DE ELEAZAR CON REBECA.

Unos tres años habrian trascurrido de la muerte de Sara, cuando Abraham se ocupaba del casamiento de Isaac.

Abraham pensaba en sus parientes, se acordaba de su querida pátria, y se resuelve á mandarla un grande voto de cariño. Isaac era hijo único, muy querido de su padre, é hijo de un padre muy rico, poderosísimo y bendito del cielo; pero como Abraham no puede partir con todas sus riquezas y con su hijo, y vivir en su país natal y entre su familia, quiere que la esposa de Isaac sea de allí y no de otra parte; de ninguna manera de entre los cananeos.

Como es consiguiente, en la casa de Abraham habia infinidad de criados, pero para un mensaje de tanta importancia, como era el de buscar esposa para Isaac, Abraham llamó al criado mas antiguo, de mas confianza y de mas distincion; esto es, al mayordomo, le enteró de su proyecto, le manda jurar por el Dios del cielo y de la tierra, que al buscar esposa para su hijo Isaac, nunca la procurará de las hijas de los cananeos, sino que ha de ir á buscarla en el país de sus padres.

Eleazar así lo juró. Dispuso diez camellos para el viaje, los carga de regalos, de presentes considerables, y se dirige á la Mesopotamia, y precisamente para en Harán, ciudad que despues fué llamada *Carra*, situada entre el rio Cáboras y el Eufrates, en donde habia permanecido Abraham algun tiempo despues de su salida de Caldea, y de donde se habia

trasladado á la sazón á habitar su hermano Nachor con toda su casa. Ciudad que tambien luego fué célebre entre los romanos por la derrota de Craso.

Era ya por la tarde y Eleazar deja á los camellos que descansen en las afueras de la ciudad: no muy lejos habia una hermosa fuente al pié de un árbol, y era costumbre que las mozuelas vinieran á sacar agua á la caída de la tarde, llevándola en jarros ó cántaros. Eleazar encontrándose ya en el país de Abraham, se propone elegir la esposa de Isaac de entre las muchachas que vinieran á llenar sus cántaros en aquella tarde, y precisamente seria la elegida aquella á quien él se dirigiera, y pidiéndole agua, en el momento se prestase á complacerle. En el entretanto el buen siervo de Abraham, hace esta ferviente súplica.

—Señor Dios de Abraham, mi amo, asísteme, te ruego en este día, y haz misericordia con Abraham, mi señor..... Vedme aquí, estoy cerca de la fuente y las hijas de los moradores de esta ciudad van á venir á sacar agua. La doncella á quien yo digere.....

Aun no habia acabado de hablar, y hé aquí que Rebeca sale con el cántaro sobre sus hombros; viendo que es una bellissima doncella, se dispone Eleazar á realizar el voto que acababa de hacer al cielo; le sale al encuentro y la dice:

—Dame de beber.

En el momento Rebeca baja su cántaro y dice:

—Bebe, y tambien dá de beber á tus camellos hasta que no quieran mas.

Bebió Eleazar y bebieron sus camellos.

Generosidad singular y solo digna de una mujer bella, popular y bien educada!

Rebeca vé á un extranjero, se esfuerza por complacerle, y como que le falta tiempo para manifestar sus sentimientos de hospitalidad y humanidad.

Viendo Eleazar en Rebeca una conducta tan digna, le pregunta:

—¿De quién eres hija?

—Soy hija de Batuel, que es hijo de Nacor y de Milcha.

Entonces Eleazar agradecido á tanto favor y finura, la regaló unos zarcillos de oro que valian dos siclos¹, y puso tambien unos braceletes sobre sus manos que valian diez.

Reconocida Rebeca á tanta distincion, invi-

tó á Eleazar á que pasara á su casa, añadiendo que en ella habia provision de paja y de heno y donde descansar.

Eleazar se llenó de compuncion, bendijo á Dios y postrado le dió gracias porque le habia conducido por camino verdadero, nada menos que á la casa de un hermano de su señor.

Habiendo dado Rebeca cumplida satisfaccion á Eleazar, aceleró el pasó, llegó á casa de su madre, contó con grande interés lo que acababa de pasarle, y enseñó los zarcillos y braceletes. Su familia la escuchaba con grande y

¹ El siclo era una moneda de plata de los hebreos, del peso de cuatro dracmas áticas; es decir, la onza de los hebreos era la cuarta parte de la onza griega, ó sean dos francos y seis céntimos cada siclo ó pequeño ceseph.



Encuentro de Eleazar con Rebeca.

agradable sorpresa; salió Laban, hermano de Rebeca, en derecha á la fuente donde se encontraba el extranjero, y con cariño le dijo:

—Entra, bendito del Señor: ¿Por qué te estás ahí afuera? Ya tengo preparada mi casa, también hay cabida para tus camellos.

Eleazar no pudo resistir á tan estremada invitación, y complaciente pasó con sus camellos y toda su comitiva á la casa de los padres de Rebeca.

Siguiendo la costumbre, lo primero que le presentaron á Eleazar, fué agua para lavarse los pies. Laban se había encargado del cuidado de los camellos y demás criados. Ponen la mesa para comer; pero Eleazar se espresa en estos términos.

—No comeré hasta que haya dado cuenta de la embajada que traigo.

La familia de Rebeca respeta la escusa, y acceden á que hable.

Eleazar dice:

—Yo soy criado de Abraham, á quien bendijo Dios mucho, y es grande, pues tiene ganado menor y mayor, plata y oro, criados y camellos; pues bien, mi señor, mi amo, tiene un hijo, es único, y cuando concibió el plan de buscarle esposa, me exigió juramento de que nunca procurase para su hijo Isaac, mujer de los cananeos, sino que habia de ser de entre sus parientes.—Dios me condujo por el camino verdadero, y esa vuestra hija parece que es la señalada, porque yo hice una plegaria y Dios oyó mi voz, poniendo delante de mí á Rebeca para que la tomase para su hijo. Ahora, pues, si sois vosotros los que habeis de hacer misericordia á mi señor, indicádmelo, y si no es así, tomaré otro camino á derecha ó izquierda.

Espuesta la misión de Eleazar, dicen Laban y Batuel.—Del Señor ha salido esta plática, no podemos contestarte, sino acatar sus designios. Ahí está Rebeca, tómalala y vete, y sea mujer del hijo de tu amo como lo ha dicho el Señor.—Cuando Eleazar oyó esto, se llenó de gozo, se postró y adoró al Señor. Acto continuo, siguiendo el uso primitivo en todas partes que el marido regalaba al suegro ó al cu-

ñado, Eleazar sacó los vasos de plata y oro, y vestidos para Rebeca, haciendo despues otros presentes á los hermanos y á la madre. A esta ceremonia siguió un gran convite y todos comieron juntos.

Concluida la boda, salieron al otro día en busca de Isaac.

Los hermanos de Rebeca la digeron al salir: vé y crece en millares de generaciones, y adquieran tus descendientes las puertas de sus enemigos.

Sin embargo que Isaac tenia la costumbre de salir al campo, en donde oraba y alimentaba la piedad con santas reflexiones, durante el viaje de Eleazar no dejaba de ocupar su imaginación la idea de su proyectado enlace, y así algunas veces solia tender la vista con el objeto de ver si sus camellos se acercaban. No pasaron muchos días sin que se realizáran sus deseos. Iba á partir para su tienda una tarde, estaba ya el sol para ocultar su luz en el horizonte, cuando levantando los ojos, mira y distingue á lo lejos á sus camellos. Corre al encuentro, se acerca, Rebeca que vé á un hombre en el campo y que ligero viene hácia ellos, interroga así á Eleazar.

—¿Quién es ese hombre que viene á nuestro encuentro?

El criado responde:

—Ese hombre es mi amo.

Inmediatamente Rebeca, coge su velo y se cubre; Isaac llega por último y saluda, coge y conduce á Rebeca á la tienda de Sara su madre.

Rebeca permaneció cubierta en presencia de Isaac; tal era su honestidad y virtud; Isaac se mantiene circunspecto y respeta á la que vá á ser su mujer en la pureza y santidad.

Desposados ya, el gozo es grande; hacen votos al cielo de amor y gratitud, y aquel dolor que amargaba la vida de Isaac, con el recuerdo de la muerte de su madre, viene á calmarse en fin, con el cariño, dulzura y gracia de su esposa Rebeca.

Casimiro CLAVIJO.

CUENTOS AZULES.

II.

El rey de los gigantes.

(CONC USION)

III.

Los primeros amores y los primeros versos de S. A. Tonto III.

Tonto III esperaba en el jardín con impaciencia á la mañana siguiente al sábio Chupachiripas.

—Hola, maestro, dijo al momento que le divisó, cómo se ha tardado.

—Pero señor, si aun está amaneciendo.

—No importa, el que está enamorado madrugaba mucho.

—¿Para qué? preguntó con candidez el otro.

—Para ver á la que ama mas pronto.

—¿Cómo si ella se levantára tan de mañana!

—Calla bobo, que entiendes tú de amores.

—De amores, algo entiendo, el amor, alteza, es el telon de una suegra.

—Los pavos no tienen madre.

—¡Ah! eso es otra cosa—qué tonto es este Tonto.—

—¡Ay! suspiró con tristeza el rey, estoy muy enamorado.

—Si señor, ya lo veo, y me choca que ameís á una bestia.

—Pero hombre, ¿no ves que esa bestia es la hija de un rey?

—Ya lo oí tambien es hija de una reina.

—Como en el mundo hay muchos encantadores, quizá sea una princesa encantada mi pavita. Se lo has de preguntar.

—Sí:—como si ella me lo fuera á decir.—Se lo preguntaré.

—Si mis conjeturas son fundadas, te convidado para la boda.

—¿Pero no podrá ser que esa pavita sea hija de rey de los pavos?

—Canástos, tienes razon, mas no importa, me he de casar con ella sea pava ó mujer.

—Y si fuese una princesa encantada, ¿quién la desencantará?

—Tú, hombre, tú.

—¡Sopla, yo! gritó el maestro dando un brinco; ¡como si yo fuera hechicero!

—Pues tú la has de desencantar, ó te cortó la cabeza sino.

—Este rey piensa que mi cabeza se ha destinado para la cuchilla, habrá tonto mas grande? Sin embargo, confieso que es hombre de grandes recursos.—

—¿Qué murmurabas?

—Nada, admiraba la gran elocuencia de vuestra alteza.

—No la conoces bien, ¿sabes que tambien soy poeta?

—¡Poeta! pues nada os falta para loco.

—¡Ay! suspiró el rey.

—Y van dos, repuso el gran Chupachiripas.

—¿Cómo, qué es eso, qué quieres decir con que van dos?

—Que dos veces ha suspirado V. A., y dos veces han renacido odorificas flores en las robustas cuencas de un ameno bosque.

—Poético estás, mas francamente te confieso que yo soy más poeta que tú.

—¡Admiro vuestra real modestia!

—Si te burlas, voy á mandar que te corten la cabeza.

—No se incommode V. A. en mandar que se ocupen de mi insignificante persona, no merezco tanto.

—¡Es verdad, y ahora te necesito para que me des tu opinion sobre mis versos.

—Benditos versos.—

—Escúchalos.

Te amo pavita mia,
Me rindieron tus encantos,
Y á tanto llega mi amor
Que quisiera ser un pavo.
Los colores de tus plumas
Desde luego me flecharon;
Tu recuerdo es mi ilusion
¡Pluguiera á Dios fuese pavo!

Mas si hombre yo naci
Nunca obtendré yo tu agrado
Pues que quiso mi desgracia
Que hombre fuese y no fui pavo.
Pavita del alma mia
Si me amas, yo te amo
De un modo que no sintiera
Obtener el fin del pavo.

—Perfectamente, muy bravo.

Aplaudo el verso del pavo.

Dijo Chupachiripas aplaudiendo la régia composición.

—Te parece bien; ¡ay!

—¡Y van tres!

—Siento como lo digo no ser pavo.

—Pues no lo sienta V. A., porque todos los enamorados lo son.

—¿No me engañas?

—No señor, al presente V. A. es todo un señor pavo.

—Es que si lo dices por adularme haré que.....

—Ya lo sé, señor, que me corten la cabeza—cuidado que á este buen señor le ha dado capricho con mi cabeza.—

—Cómo tarda, ya debe ser muy tarde, maestro.

—Para el que madruga sí, pero para el que ahora se levanta no.

—Qué gran desgracia es esperar! El que espera desespera.

—Permitidme señor, el que espera no creo que des-espera, pues hace todo lo contrario.

—Charlatan; ¿crees que puedo ahora ocuparme con tus argucias? ¿no sabes por otra parte que mi palabra siendo real, es palabra de rey? Entonces, ¿cómo osas desmentirme, si sabes que no me he de retractar? Voy hacer.....

—¿Que me corten la cabeza? preguntó con inquietud el sábio; muchas gracias, no lo necesito.

—No, hombre, no, que registren todos los alrededores de mi palacio.

—¡Ay! respiro; ¿quiere V. A. que dé la órden?

—Si hubiera muerto un cazador á mi ave, mando que se ahorquen á todos los hombres de mis reinos para dar con el criminal.

—Esa es la manera de no errarla.

—Y como que no me equivocaré. ¡Ay de mí si me hubiera quedado viudo de mi querida princesa, incendio mis Estados.

—Bien hecho: mas no creo que la linda pavita haya tenido una suerte tan funesta, cuando tan hermoso se la presenta el porvenir, queriéndola el rey mas ilustre y mas poeta de la creacion.

—Chupachiripas, te doy.....

—Santa palabra.

—Mi real é ilustre mano á besar, concluyó el monarca.

—Ya te podias guardar tu dádiva,—dijo el maestro besando la régia mano.

En esto estaban nuestros interlocutores, cuando se oyó á la pavita graznar.

—¡Oyes, oyes, maestro, es ella!—¡Ay, ay, ay!

—Cuatro, cinco, seis, dijo anotando los suspiros Chupachiripas.

IV.

Fin de los amores de S. A. Tonto III.—Se afirma la cabeza en los hombros de Chupachiripas con otros resultados.

—¿Qué dice, amigo mio mi pavita?

—Lo de siempre.

Hija de rey nací

Hija de reina soy.

—Dila que ya la quiero.

—Hombre, me gusta;—ignora V. A. que yo no se hablar como un pájaro?

—Pues relincha ó chilla; en fin, has algo por mí.

—Servicio por servicio, haré el gallo.

Chupachiripas cacareó.

—¿Qué te contesta?

—Me dice que soy un ganso, y que hay un gracioso príncipe al que adora con todo su corazon.



—Pavita, yó te adoro tambien. ¿Qué responde?

Hija de rey nací
Hija de reina soy.

—¿Y qué mas?

—Nada mas—¡ah! si vuelve á abrir el pico.

—¿Y qué?

—Dice la linda ave lo siguiente :

Soy una reina encantada
Por un perverso hechicero;
Mas el dueño que yo quiero
Me verá desencantada.

—¡Oh gozo, oh placer, oh dicha inefable!
¿y cómo y cuándo?

—Eso es lo que no dice.

—¡Qué desgracia! anda preguntaselo.

—Pero si yo no sé.....

—Y á mí que me importa saberlo, ó te haré cortar la cabeza.

—¡Canástos con mi cabeza!—Cortádmela, yo no puedo saber mas de lo que sé.....

—Oye, oye, que vuelve ha hablar.

—Ah sí, y dice:

En el lindo pabellon
Que se eleva en el jardin
Me verá con mi figura.....

—Concluye.

—Ha desaparecido la pava sin acabar su discurso.

El pobre rey se quedó estupefacto al desaparecer el ídolo de sus ilusiones; un día y otro esperaba con afán el momento de ver á la princesa desencantada.

Llegó por fin un día en el que volvió á ver á la linda ave, y tanto se alegró de verla, que corrió alborozado á abrazarla; pero la pavita huyó con temor al ver la acción del rey y de Chupachiripas que ayudaba en su empresa á Tonto III. Entre los dos hicieron que la pavita cayese en un barranco,

—Llama á mis guardias, llama á todo el mundo.

—No haga tal V. A., la avecilla dice que nadie la verá sino V. A. ó yo.

—Entonces socórrela tú; pronto, trae á mis brazos á mi querida princesa, el dolor me quita las fuerzas.

Chupachiripas desapareció en el barranco, y pronto apareció trayendo en brazos á una hermosa mujer.

—Hermosa princesa, dijo Tonto III, al fin os veo.

—Gallardo príncipe al caer he recobrado mi antigua forma.

—¿Cómo es, se preguntó admirado Chupachiripas, el pavo se ha vuelto mujer?

—¡Y qué hermosa que sois! ¿Es verdad que me quereis?

—Con mi alma, príncipe, con mi corazon, con mi vida.

—¡Ah sois hechicera.

—Aun me parece un poco vieja, se dijo el sábio, pero un enamorado no distingue las edades.

—Me contareis vuestra historia.

—Ahora no pienso sino en amaros, á vuestro reino vine atraída por la fama de vuestros loores.

—¿Con que me amais, encantadora princesa, me amais?

—Príncipe, respetad mi rubor.

—Venid, venid á sentaros en mi trono, juro por el sol que nos alumbra, que sereis mi esposa.

Los dos enamorados se retiraron, y Chupachiripas se fué á su casa diciendo:

—Vamos, que un pavo real, imagen del orgullo, se transforme en mujer, nada tiene de particular; pero que una mujer se transformase en pavo, eso si que seria mayor milagro.

Entretenido en estas reflexiones llegó á su casa. A la puerta le salió á recibir su esposa Balamita.

—Hola esposo, ya estás de vuelta.

—Ya lo ves esposa mia.

—¿Qué traes debajo de la capa, Chupachiripas?

—Un pavo muy mono, para que lo cenemos esta noche.

—¿Dónde está mi madrastra, que hoy no la he visto aun?

—Es reina de nuestro país.

—¡Reina!

—Reina, Balamita, reina; con cierta superchería ha engañado á Tonto III, que lo ha creído tanto mas cuando que anda por medio el encanto. Y el hechizo de sus facciones, hará el resto.

—¡Será posible! no estás loco, querido?

—Los hombres son tales, que si les dices que crean en una cosa natural dudan, y si se les presenta algo maravilloso lo creen cándidamente. Diles que se ha caído una cáscara de melon al suelo, y hasta que no vean y toquen la cáscara, no creerán el hecho por su misma sencillez; mas diles que un muerto se ha aparecido, que una bruja lee el porvenir y que un pavo se ha trasformado en mujer, y lo creerán como si lo estuviesen viendo, por la magnitud de lo acaecido. El hombre se empeña en que su imaginación es un mar, sin considerar que no es mas que un río, cuya transparencia la permite ver su fondo. La imaginación del hombre no vive entre borrascas, cuyas causas no se esplican, sino del análisis que todo lo emprende y comprende.

—¿Y si el rey se apercibe del engaño?

—No se apercibirá, el amor empieza por capricho y tu madrastra ha aprovechado la oportunidad.

—¿Y si la conocen en la corte?

—Ya lo ha previsto tambien ella, pero es muy poco conocida como recién llegada á esta ciudad.

—Con todo.

—No temas; Truchatronchos se apoderará del ánimo de Tonto III como se apoderó del mío y eso que soy un sábio.

—Tienes razon.

—Además en la corte, la mentira tiene un éxito fabuloso, y la adulación la ayuda; y como el rey saben está encaprichado de su esposa, no habrá un cortesano que no adule á su mujer, tanto mas cuanto que esta mujer se hará temer.

—¿Luego todos creerán el encanto?

—Al menos fingirán que lo creen, pero á nadie se ocultará que el encanto consiste no en ver trasformada una bestia en mujer, sino un hombre en bestia por medio de una mujer.

—Y no la has sugerido tú á mi madrastra la idea?

—En verdad que sí, por librarme de sus enredos, y confío en que un día el buen rey cansado de su génio la mande cortar la cabeza, pues es mucha su afición á tal desenlace.

—¡Buen encantador estás!

—Hija, los encantadores son unos pillos que viven á costa de los tontos, y los encantos son el anzuelo que ha de picar el pez.

—Ya está la sopa en la mesa, Chupachiripas.

—Bendito sea el ingénio que me libra de una furia, nos dá un pavo, y afirma mi cabeza en los hombros, sin contar con las dádivas que del rey una vez logradas, nos iremos lejos de este país.

—Pobre pavo, continuó Chupachiripas comiéndose un alon; cuando el rey se figuraba que hablabas, infeliz, no sabia que el que hablaba era yo. Mucho argumenta el hombre amenazado con la muerte.

—Muy bien, ¿quieres un traguito?

Bendito sea Dios que me libra de mi suegra y nos dá un pavo, satisfaciendo al mismo tiempo los deseos de S. A., de ser un ave de esa especie.

Chupachiripas estaba loco de contento, y Balamita estaba no menos alegre que él.

Como el sábio lo habia previsto; los cortesanos no pusieron en duda la historia que les contó Tonto III y Truchatronchos.

La dieron entero crédito, en lo que no tuvo poca parte el ascendiente que ya tenia sobre el rey la madrastra de Balamita, y aun hicieron mas; escribieron la historia de los amores del rey conforme á la relacion de la reina. Esta historia es la que aun se conserva tradicional y desfiguradamente en el pueblo, pero la verdadera es la que hemos referido.

La vanidad, esto es, Truchatronchos, y la

necedad, esto es, Tonto III, tuvieron tres hijos.....

Estos tres hijos nos darán materia para otro cuento; por ahora concluiré, hijos míos, diciéndoos, que si ois contar cuentos de encantos, os acordeis de S. A. Tonto III.

Francisco de ESPINOLA.

CUENTOS DE LA INFANCIA.

LA HERENCIA.

I.

El niño abandonado.

Era un hermoso día de otoño del año 1850.

El sol caminaba hacia su ocaso, destacando sus últimos reflejos sobre la cima de algunos lejanos montecillos que parecían perderse en lontananza.

La brisa murmuradora de la caída de la tarde acariciaba el ramaje de los corpulentos árboles, que cercaban una lucida casita de campo, situada en las inmediaciones de Granada.

Una Señora anciana, en cuyo rostro se retrataba la envidiable tranquilidad del que siempre ha dirigido sus pasos por el camino del bien; una joven de quince años, bella como la primera sonrisa de la aurora, y dos criados ancianos eran los que habitaban la modesta casita á que nos referimos.

—Julian—decía la Señora anciana al viejo criado que acababa de entrar en el gabinete que esta generalmente habitaba—¿no ha vuelto aun Luisa?

—La Señorita—respondió Julian—ha ido como todas las tardes, á llevar la comida á la pobre anciana de la cabaña que está al pie del montecillo.

—Me pareció que se retardaba demasiado.

—Cuando yo subía hace un momento, con la cestita de alcachofas, salía con la Señora Gertrudis.

—¿Y cómo ha salido hoy tan tarde?

—La Señora olvida, sin duda, que hoy es sábado.

—Tienes razón, Julian.

—¿Cómo había de faltar mañana á su querida viejecita la tortita de leche que la regala todos los domingos? ¡vaya!.... Pues si el mes pasado, cuando la Señorita tuvo que hacer cama tres días, la Señora Gertrudis y yo..... si Señora, yo mismo me puse á amasar la harina y á batir los huevos y..... ¡vamos!.... ¡si parecía que había nacido para eso!.... ¡tal era el gusto con que lo hacía!

—Lo creo, Julian.

—Y luego la Señorita Luisa á la semana siguiente, en premio de mis buenos servicios, me regaló un bonetito y una libretita francesa con anís, hecho todo por su propia mano.

—Era muy justa la recompensa; y tú te pondrias.....

—Mas contento que un chico en día de Noche-buena.

—Dime, Julian, ¿se puso ya bueno el hijo del pastor que vino el otro día?

—¡Ya lo creo! la Señorita le trató á cuerpo de Rey, y como lo que el pobre niño tenía era hambre y frío, el remedio no era muy difícil que digamos.

La pesada y antigua puerta exterior de la casa giró sobre sus goznes.

Un momento despues apareció en el gabinete Luisa, seguida de Gertrudis y de una pintada cabrita, compañera inseparable de la joven.

—¿Hémos tardado mucho, no es cierto?—preguntó Luisa á la Señora anciana, al mismo tiempo que depositaba un ósculo filial en su frente.

—No, hija mia;—contestó acariciando sus rubios cabellos—pero ya sabes que no estando á mi lado mi impaciencia crece por momentos.

—¡Con qué pagar tanto cariño!—esclamó Luisa abrazándola.

Ya se vé—añadió Gertrudis sonriéndose—como hoy no nos ha ayudado Julian á nuestra tarea ordinaria!....

—Es verdad—contestó este con cierto sentimiento;—y eso que para hacer tortas me pinto solo: ¿No es cierto, Señorita Luisa?

—¡Ya lo creo!

—¡Y si nó que lo diga la viejecita de la cabaña!—añadió Gertrudis.

—¡Lo bueno siempre gusta!.... no es verdad Lulú?—esclamó Julian acariciando á la hermosa cabrita, que parecia con sus halagos querer tomar parte en tan inocente conversacion.

—¿Y qué dice de su hijo esa pobre mujer?—preguntó la Señora á Luisa que habia tomado asiento á su lado

—Tiene muy buenas noticias, contestó esta con infantil alegría.

—¿Muy buenas noticias?

—Ayer recibió, por fin, una carta de su hijo, en la que la decía que habiendo muerto el capitán de quien era asistente en una refriega contra los facciosos, habia determinado abandonar las armas y venir en su busca: como hace ya mas de un año que habia cumplido!....

—Y como lo único que le detenía ya en el servicio,—añadió Gertrudis—según dice á su madre, era su antiguo amo, muerto ya este desgraciadamente, no piensa detenerse ni un solo día.

—Añade también en la carta—repuso Luisa con cierto misterio—que tiene que cumplir un sagrado deber que le confió su amo en sus últimos momentos, y que es un secreto que no puede aun revelar y del cual depende también la tranquilidad de toda su vida.

—¡Un secreto!—esclamó la Señora anciana con impaciente curiosidad—y no dice....

—Ni una palabra mas.

—Vamos, hija mía;—añadió la anciana levantándose y procurando alejar una vaga idea que habia despertado en su imaginación:—ya es hora de que, como todas las tardes, bajes á hacer los dos ramos de flores para la Virgen;

hoy antes de recogerlos, tenemos que empezar la novena de Nuestra Señora de Valvanera; yo, entretanto, voy á acabar de rizar las arandelitas de papel para los candeleros.

—Y yo—repuso Julian saliendo con Gertrudis—voy á poner orden en el gallinero.

El crepúsculo vespertino empezaba á estender su opaca luz por el horizonte, dando una sombría tin-



El niño abandonado.

ta al ameno valle que rodeaba la casita, defendida por los frondosos árboles, cuyas verdes hojas embalsamaban la atmósfera.

Luisa bajó al jardín y empezó á recoger algunas flores para formar los dos ramos que habian de adornar después el improvisado altar de la Virgen.

Cuando terminó su grata ocupación, se dirigió maquinalmente hácia la ventana del jardín que estaba á un lado de la puerta de entrada, y se puso á contemplar los mil encantos que la naturaleza presentaba á su vista.

Un débil gemido llegó á sus oídos: fijó sus

rasgados ojos sobre la escalinata que conducía á la puerta, y lanzó un agudo grito.

—¡Un niño! exclamó sobresaltada.

No bien volvió de su asombro, corrió presurosa hacia la puerta, la abrió y acercándose al canastillo que estaba sobre la escalinata, fijó su vista sobre las hermosas facciones de un niño de corta edad que le tendía sus bracitos como buscando el amparo de que carecía.

Lulú, que nunca abandonaba á su querida ama, empezó también á acariciarle, lamiendo sus tiernas manecitas.

Julian, el viejo y honrado criado, que á la sazón pasaba por el jardín, apareció en la puerta demostrando su asombro al contemplar tan estraña escena.

El grito primero que Luisa había lanzado llegó á los oídos de la Señora anciana, que apoyada en el brazo de Gertrudis se dirigía también hacia el jardín.

—La Providencia le ha puesto en nuestras manos!....—exclamó Luisa enternecida, haciendo señas á Julian para que se acercase.

En efecto, cuando la anciana llegaba con Gertrudis á la entrada del jardín, Luisa y Julian, seguidos de Lulú, volvían ya á él, conduciendo con sumo cuidado el canastillo en que había sido abandonada aquella inocente criatura.

El asombro fué general: nadie podía explicarse tan estraña aparición.

(Se continuará.)

P. Moreno GIL.

PROVERBIOS Y REFRANES.

NUNCA LA LANZA EMBOTÓ LA PLUMA, NI LA PLUMA LA LANZA.

Así lo afirma Cervantes en el cap. XVIII de la primera parte del Quijote, y con este motivo su ilustrado comentador añade:

Como sucedió á Cesar entre los romanos y entre nosotros al rey D. Jaime el Conquistador. Y descendiendo á personas menos ilustres, á

D. Carlos Coloma y á los marqueses de Santa Cruz y de la Victoria.

Garci Laso de la Vega y D. Alonso de Ercilla, ambos fueron ilustres poetas y al mismo tiempo militares valientes.

Ercilla hablando en la Araucana de sus trabajos en la defensa del fuerte de Penco decía:

*La regalada cama en que dormía
Era la húmida tierra empantanada
Armado siempre y siempre en ordenanza
La pluma ora en la mano, ora la lanza.*

Y Garci Laso en la égloga dirigida á la condesa de Ureño:

*Entre las armas del sangriento Marte.....
Hurté de tiempo aquesta breve suma,
Tomando ora la espada, ora la pluma.*

V. Joaquín BASTUS.

LE JEUNE SOLDAT.

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour la justice, pour la sainte cause des peuples, pour les droits sacrés du genre humain.

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour délivrer mes frères de l'oppression, pour briser leurs chaînes et les chaînes du monde.

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour que chacun mange en paix le fruit de son travail; pour sécher les larmes des petits enfants qui demandent du pain, et on leur répond: »Il n'y a plus de pain: on nous a pris ce qui en restait.»

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour chasser la faim des chaumières, pour ramener dans les familles l'abondance, la sécurité et la joie.

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour les lois éternelles descendues d'en haut, pour la justice qui protège les droits, pour la charité qui adoucit les maux inévitables.

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour que tous aient au ciel un Dieu, et une patrie sur la terre.

Que tes armes soient bénies, sept fois bénies, jeune soldat!

ARTE DE BORDAR.

VII.

Al cordoncillo.

El género tiene especies: así el bordado al *trapo* ha dado origen al *cordoncillo*, que algunas veces se confunde con aquel. El segundo se hace de dos modos: cordoncillo de *calado* y cordoncillo de *picado* ó de *sobre-puesto*.

El primero, que se usa para las telas tupidas, se ejecuta así: se *trazan* todas las hojas, y luego se las abre por en medio, cuidando de no cortar hasta la misma estremidad ú orilla del bordado ó *trazado*, y despues se hace sobre el trazado un cordoncillo bien apretado, conservando siempre las formas del dibujo; tambien puede hacerse este bordado sobre telas claras, pero entonces no se abren las hojas, sino que solamente se hace el cordoncillo.

El segundo se efectúa casi de la misma manera, pero tiene ciertas circunstancias accesorias que exigen alguna esplicacion. Sobre el tul ó percal se ponen tiras de percal fino muy suave y flexible, ó de una tela que llaman *jaconás*, en las cuales están los dibujos estampados; se van siguiendo con un cordoncillo muy *apretado* ó *espeso* todos los contornos, las rayas que figuran las venas de las hojas, las flores; *desmóntase* la tela en seguida, y se corta con unas tijeritas finas la que hay entre las flores. Como el percal y el *jaconás* que se le semeja, no son transparentes, la que corta no

puede ver si corta el tul ó la gasa, y así necesita valerse de una atencion y paciencia estremada, especialmente si el dibujo tiene ramilletes ó ramos en que haya muchas hojas dentadas ó con picos, y aproximadas unas á otras. Cuando el hueco que queda entre las flores es bastante grande, se puede sobrelevantar el percal con un alfiler largo ó con una aguja de hacer calceta, y entonces se corta sin miedo á lo largo de dicha aguja. Sea como quiera, suelen cortarse á veces las mallas ó puntos, en cuyo caso se les une de la manera que indicaremos al tratar del modo de coser ó componer los encajes que se rasgan. Y si es en gasa, se hacen unos *zurcidos*, pasando hilos sumamente finos desde un cordoncillo al otro. Esta especie de bordado ha estado en boga poco hace, mas ahora no lo está tanto.

Se juntan ó *igualan* los pedazos de tela bordada, procediendo como se ha dicho para las costuras de la presilla á la turca; y si no es que se reemplace la presilla con un cordoncillo que oculte la parte deshilada de la tela. De este modo se *acoplan* las tres piezas de que consta un gorro.

EPISODIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

ANDALUCIA.

Esta hermosa parte de España, en la que pone Fenelon los campos eliseos, se llamó antiguamente *Bética*, del rio Betis—Guadalquivir—que lo baña. Despues se llamó *Wandalucia* por haberse establecido allí los wandalos, nacion del norte, de lo que ha quedado el de *Andalucía* que ahora tiene.

Los árabes ó moros llamaban á toda España *Andalucía*, haciendo general á la península el nombre de la primera provincia que ocuparon.

Andalucía confina al N. con Castilla la Nueva y Estremadura; al E. con el reino de Murcia; al S. con el Mediterráneo, estrecho de Gibraltar y con parte del mar Atlántico, y al O. con Portugal.

El clima es cálido, aunque templado con las muchas montañas y los aires del mar.

Sus producciones consisten en granos, vinos delicados, aceite, azúcar, algodón, sedas, etc.

Abundan sus montes en minas de diferentes clases, y hermosas canteras de mármoles, jaspes, etc.

Sus caballos son los mas hermosos y gallardos de Europa.

LA MISION DEL HOMBRE.

Vive el bruto feliz teniendo un prado
Que le dé fresca yerba por despojos;
¿Por qué el hombre que es rey de lo creado
Sueña otro mundo que no ven sus ojos?

Si es cual dice la turba descreída
Igual en su mision al bruto, al ave;
¿Por qué al nacer su mente enardecida
De su fin primordial busca la llave?

Y arrebatado fuera de sí mismo
Por la llama voraz que le consume,
De la creacion pregunta al hondo abismo
Por la verdad eterna que presume.

Y admirando del sol la ardiente huella,
cuenta los ástros y su curso sigue,
¡Mide los tiempos, y la imágen bella
Del infinito por do quier persigue!

Las obras portentosas de su mente
De su esencia inmortal llevan el sello;
Las sensaciones que su pecho siente
De otra luz superior son el destello.

No sabe á dónde vá, de dónde viene,
Mas una voz escucha delirante
Que un porvenir eterno le previene,
Término justo de mision brillante.

E interroga del hombre los despojos
Que cifras son de la pasada historia,
Y en vano el polvo vil muestra á sus ojos
Que su existencia es breve y transitoria.

No cesa, no, su afán. Estudia, inquiere,
Su nombre por do quier graba orgulloso,
Y á fácil vida de placer prefiere

¡Tumba adornada con laurel hermoso!
Y en alas del saber, propio homicida

Su corteza mortal, torpe, destruye.

¿Por qué gasta los hilos de su vida
Si toda su riqueza constituye?

Bien vé que de la muerte el yugo fiero
El árbol, y la flor, y el bruto oprime;
¿Por qué, pues, él mañana linsojero
Se presenta á sus ojos tan sublime?

¡Mañana siempre! sin cesar mañana
De su vida fugaz dice en agravio,
Y cuando suene la fatal campana
¡Mañana aun, pronunciará su lábio!

¡Todo no muere en él..! Tal vez la sombra
Vivo rayo de sol cauta oscurece,
Mas el foco eternal que el mundo asombra
Porque pierda algun rayo no perece!

En vano esa vil turba te mancilla
Humana raza, que es tu origen santo;
La luz del alma en tu semblante brilla,
De la inmortalidad te cubre el manto.

Pues eres del Señor la obra primera
No sueltes tu corona soberana:
Imita á Dios y en su favor espera,
Por que tras de la tumba está él *mañana!*

Angela GRASSI.

CÁNTICO DE SIMEON.

TRADUCCION.

Ya puedo, ¡oh! gran Señor, morir dichoso
Pues mi deseo al fin se ha realizado;
Hoy veo con espíritu gozoso
Al dulce Salvador que nos has dado:
Para que como un ástro luminoso
Disipe las tinieblas del pecado,
Y haga que en tu fé santa el gentil crea,
Y gloria de Israel tu pueblo sea.

Gregorio IAGO.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—Los hombres son en un estado como los instrumentos de música en una orquesta; pro-

ducen sonidos mas ó menos agradables segun sean bien ó mal tocados.

—Cada vez que encuentro un pobre reconocido, juzgo que seria generoso si fuese rico.

—Vale mas soportar los infortunios que nos ocurren, que desvelarse por los que pueden sobrevenir por causas independientes de nosotros. Es poca discrecion afligirse de antemano por lo que no está en nuestro arbitrio evitar.

(Swift.)

—El hombre no debiera nunca avergonzarse de confesar sus equivocaciones: pues con esto no hace mas que demostrar que hoy es mas sábio que ayer.

—Así como la llama de una antorcha tiene siempre á elevarse de cualquier manera que se la vuelva, así el hombre cuyo corazon está inflamado por la virtud, en cualquier accidente que le sobrevenga, se dirige siempre al objeto divino que anima su alma.

—Las bellas acciones ocultas, son las mas estimables.

(Pascal.)

—El enemigo mas cruel, es á veces el mas útil censor.

—Una mujer poco limpia no puede llegar á ser hermosa, porque la principal circunstancia de la hermosura es el aseo y la limpieza.

—El que se permite decirlo todo, dá derecho á que se le conteste cualquier cosa.

—La estimacion seria un tesoro inútil si estuviera únicamente reservada para los seres sin imperfecciones. Ella debe prodigarse á todos los que, comparacion hecha, cuentan mas virtudes que vicios.

—Cuando era jóven era solo en el mundo: creíame rico cuando hube encontrado un amigo.

(Olliv.)

—La falsedad no disgusta menos bajo la máscara de la broma, que cubierta con el espeso velo de la seducción.

—El honor es como los puntos de la média, que si se rompe uno se corre luego toda.

—¿Si no amais sino á los que os aman, qué recompensa esperais?

(Un filósofo.)

—El egoismo es una especie de vampiro que quiere nutrir su existencia con la existencia de los otros.

LA HUÉRFANA.

Una pobre niña, cuyos padres habian muerto, tenia que ganar su sustento cuidando de los hijos de las personas acomodadas. Un dia que estaba sentada llorando en un rincon, la preguntó su señora.

—«¿Qué tienes, por qué lloras?»

—«¡Ay!»—respondió la niña.—«Cuando recuerdo que se han muerto mis padres, no puedo menos de llorar, pues si vivieran iria á la escuela como otros niños de mi edad y aprenderia muchas cosas, y ahora tengo que crecer como la mala yerba. Además no tengo dinero para pagar los honorarios, y tambien carezco de tiempo, pues le necesito para ga-

narme el pan. De buena gana trabajaría de noche si se me dejara ir de día á la escuela.»

La señora que tenía muy buen corazón, se conmovió á las súplicas de la niña, y dijo para sí.

—«Me dá lástima de esta pobre niña. Dios nos manda tener compasión de los pobres, y enseñarlos es una de las obras de caridad mas agradables á sus ojos.»



La huérfana.

Desde el día siguiente envió á la escuela á la pobre niña que aprendió con mucha rapidez y se hizo muy obediente y laboriosa, y no solo no ocasionó ningun disgusto á su bienhechora, sino que la fué muy útil por su buen comportamiento.

José S. BIEDMA

ENIGMA HISTÓRICO.

Explicacion.

CONRADO III.

Conrado III, duque de Franconia, hijo de Federico, duque de Sonabe (Wutemberg),

nació en 1093. Muerto Lotorio III, á quien había disputado el imperio, todos los magnates y señores se reunieron á su favor, en el año 1138. Enrique de Baviera, llamado el Soberbio, se opuso á su eleccion; pero habiéndole sido confiscados sus bienes, no pudo sobrellevar la desgracia. Welf, tio del difunto, se opuso tambien á la proclamacion de Conrado III, pero fué batido por las tropas imperiales, cerca del castillo de Winsberg, en Baviera.

Remóntase á este reinado el origen de los Guelfos y Gibelinos, tan célebres despues.

Welf y Waibelin eran los gritos de guerra, nombre de los jefes de los dos bandos.

Entonces fué cuando habiendo dado permiso el vencedor para que se llevasen las mujeres lo que mas estimasen; se las vió salir á todas cargadas con sus maridos á las espaldas; y viendo el emperador la bondad de sus corazones, les perdonó á todos.

Su expedicion á Tierra-Santa, fué menos feliz que la de Baviera; unido con Luis XIII de Francia, fueron batidos los dos, y perecieron sus ejércitos de la peste.

De vuelta Conrado á Alemania, murió en 1152, sin haberse podido coronar en Italia.

Le sucedió su sobrino Federico Barbarroja.

CUADRO ICONOLOGICO.

En un sitio agreste, iluminado por la luna, se desliza un criminal con el puñal en la mano, llevando los vestidos y la bolsa de un jóven que acababa de herir y que se está revolcando en su sangre, próximo á morir. Dos ángeles persiguen al culpable, uno lleva una balanza y una espada, y el otro la antorcha de la verdad.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.